

aplausos de toda la Hélada, son cosas realmente peregrinas; pero nuestros proyectos todavía son más extraordinarios. Queremos crear una especie de imperio fantástico: el imperio oriental de las palmeras, del sol, de la poesía, de la realidad transformada en sueño, de la vida convertida en perpetuo goce. Queremos borrar de nuestra memoria á Roma y colocar el centro del orbe en no se qué punto situado entre Grecia, Asia y Egipto; vivir la vida de los dioses; hender las olas del Archipiélago en naves de oro, á la sombra de velas de púrpura; encarnar en una sola persona á Apolo, á Osiris y á Baal; teñirnos con los colores rosados de la aurora; dorarnos con los rayos del sol; platearnos con los rayos de la luna; reinar, cantar, soñar... Y ¿creerás que yo, que poseo aún un sextercio de buen criterio y un as de sentido común, me dejo arrebatar en alas de semejantes fantasías?.. Hay que confesar que, si son utópicas, también son bellas y grandiosas... Un día, en las edades futuras, los hombres considerarían este fantástico imperio como vago ensueño de poeta... Sin embargo, *Barbarroja*, yo te lo juro, no llegará á realizar sus concepciones, cuando no por otro motivo, porque de este fabuloso reino oriental de la poesía deberían estar excluidos la traición, la bajeza y el asesinato, y en Nerón, bajo las apariencias de un poeta, hay un mal comediante, un estúpido cochero y un cruel tirano.

«Mientras tanto suprimimos del mundo de los vivos á todos los que nos estorban. El infeliz Torcuato Silano está ya entre las sombras; se abrió las venas hace algunos días. Lucano y Licinio han aceptado con terror la dignidad consular, y el anciano Traseas no escapará á la muerte, pues tiene la osadía de ser virtuoso. Por lo que á mi atañe, Tigelino no ha logrado obtener aún la orden de que me abra las venas, porque se me necesita, no sólo como *Árbitro de las Elegancias*, sino como insustituible organizador del viaje a Acaya; pero más pronto ó más tarde tendré que abrimelas... Lo que más cuidado me da es que puede nuestro mico, en este caso, heredar la hermosa copa murrina (1) que tanto te agrada. Si estás

(1) No se sabe con certeza en qué consistían los vasos murrinos; pero eran más bien objetos de lujo que de arte. Uno fué comprado por cierto varón consular por 70 talentos; por otro dió Nerón 40 millones de sextercios, y el que poseía Petronio no valía menos de 300 talentos. El talento equivalía á unas 6.000 pesetas.

á mi lado en el momento de la muerte, te la daré; si lejos, la romperé. Entre tanto, consolémonos pensando que nos esperan Benevento, su egregio zapatero y la olimpica Grecia, y que el Hado traza á cada mortal su camino en lo desconocido.

«Consérvate bien, y no dejes de hacerte acompañar por Crotón si no quieres que se te escape por segunda vez la presa. No te olvides de mandarme á Quilón cuando no lo necesites. Quizás podré convertirlo en un segundo Vatínio, ante quien temblarán los personajes consulares y los senadores, como tiemblan ahora en presencia del caballero de la lezna. Valdría la pena de vivir todavía algún tiempo para ver semejante espectáculo. En cuanto hayas hallado á Ligia avisame, pues quiero ofrecer á Venus, en acción de gracias, un sacrificio de cisnes y otro de palomas. ¡Que no empañen las nubes tu cielo y, en caso contrario, que tengan el color y el perfume de las rosas!»

## IX

Apenas habia acabado Vinicio de leer la carta de Petronio cuando Quilón entró en la biblioteca sin ser anunciado, pues la servidumbre tenía orden de dejarle pasar á cualquier hora del día ó de la noche.

— ¡Que la divina madre de Eneas, tu glorioso abuelo — dijo el griego, — te proteja como me ha protegido hoy á mi el divino hijo de Maya! (1).

— ¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Vinicio levantándose.

— ¡*Eureka!*

El joven patricio estuvo un momento sin poder hablar.

— ¿La has visto? — balbuceó al fin.

— He visto á Oso y hasta le he hablado.

— ¿Y sabes dónde están?

— No. Otro en mi lugar habria dado á entender al ligio, por vanidad, que le habia reconocido, tratando de sonsacarle para

(1) *Maya*, divinidad india. De ella y de Brama nació la Trimurti ó trinidad india. Los monumentos la representan llevando sobre el seno al niño *Kama*, que equivale al Amor de la mitología griega, y, como éste, va armado de un arco y lleva un carcaj. En el carcaj hay cinco flechas que representan los sentidos corporales. Quilón se refiere á *Kama*.

averiguar el paradero de la doncella, siendo muy posible que en premio de su intempestivo celo hubiese recibido un puñetazo que le dejara para siempre indiferente á todas las cosas de este mundo, ó bien que hubiese despertado las sospechas del gigante moviéndole á cambiar de domicilio esta misma noche. A mi, señor, me ha bastado con saber que Oso trabaja cerca del Emporio, en casa de un tahonero que se llama Demas, como tu liberto. Ahora, uno de tus esclavos de confianza podrá seguirle cuando salga del trabajo por la mañana y descubrir su madriguera. Por lo que á mi concierne, creo haber cumplido mi deber respondiendo de que Ligia está en Roma, y diciéndote que probablemente esta noche irá al Ostriano.

—¿Al Ostriano? Y ¿dónde está el Ostriano?

—Es un antiguo hipogeo situado entre las vías Salaria y Nomentana. El gran Apóstol, de quien te hablé, ha llegado ya, y esta noche administrará el bautismo y predicará en aquel cementerio.

Vinicio, á quien hasta entonces habia sostenido la fiebre de la esperanza, en el momento en que parecia que sus ensueños habian de convertirse en realidad se sintió desfallecer, como desfallece un hombre al llegar al término de un viaje en que sus fuerzas se han agotado. Lo advirtió Quilón y decidió aprovecharse de su estado de ánimo.

—En las puertas de la Ciudad hay guardia permanente, —dijo— cosa que no pueden ignorar los cristianos; pero de la misma manera que sale el Tiber, saldrán ellos, dando, si es preciso, un largo rodeo, para ver al gran Apóstol. Lo mismo puedes hacer tú. En el Ostriano verás á Ligia; pero si, contra lo que es de esperar, ella no estuviere, estará con toda seguridad Oso, porque me ha prometido matar allí á Glauco. Tú podrás seguirle y averiguar de este modo el refugio de la doncella ó mandarle prender por tus esclavos, como asesino, obligándole luego á declarar donde la ha ocultado. Yo he cumplido ya la misión que me fué encomendada. Otro te haría creer que se ha bebido, con Oso, diez ánforas del mejor vino antes de arrancarle el secreto, ó que ha perdido mil sextercios jugando con él á las *scriptae duodecim* (1), ó que le

(1) Dos juegos llevaban este nombre: el conocido en Castilla por juego de *alquerque* ó de *tres en raya* y otro en que se usaban doce piedrecitas que representaban los doce meses del año.

ha dado dos mil en pago de sus informes, y no dudo que le entregarias el duplo. Pues bien; por una vez en mi vida... no, quise decir... como he hecho en toda mi vida, prefiero ser honrado, porque tengo la persuasión de que tu generosidad, como dijo el magnánimo Petronio, colmará mis esperanzas.

Vinicio, como buen militar, era rápido en sus resoluciones.

—No lo dudes —contestó;— pero ante todo vendrás conmigo al Ostriano esta noche.

—¡Yo!... ¡Al Ostriano!...—gritó Quilón.—Únicamente prometí indicarte el refugio de Ligia; no ayudarte á que te apoderases de ella. Piensa ¡oh, noble tribuno! lo que sería de mí si á Oso, después de matar á Glauco, se le antojara que lo ha matado injustamente. Si sospechas que te engaño, señor, no me pagues hasta que te haya señalado con precisión la casa en que se oculta la doncella.

Vinicio sacó de un cofrecito que estaba sobre una mesa de mármol una bolsa y la arrojó á los pies de Quilón.

—Son *escrúpulos* (1)—dijo;—pero en cuanto Ligia esté en mi casa te entregaré otro de *áureos*.

—¡Oh, Júpiter!—exclamó el griego.

—Comerás aqui; después podrás descansar, y en cuanto anochezca saldremos juntos para ir al Ostriano.

El terror y la vacilación se pintaron en el semblante del filósofo; mas no tardó en tranquilizarse.

—¿Quién puede resistir tus súplicas, señor? Estos *escrúpulos*—dijo haciendo sonar el dinero en la bolsa—han vencido los míos... Aparte de que tu conversación me es siempre agradable.

Vinicio le interrumpió pidiéndole pormenores de su entrevista con Oso. De las palabras de Quilón dedujo que no le sería difícil descubrir el refugio de Ligia ni apoderarse de ella al volver del Ostriano. Esta esperanza le alborozó en términos que depuso todo odio y olvidó la ofensa y toda idea de venganza. Pareciale que Ligia regresaba de un largo viaje, y sentía tentaciones de ordenar á los esclavos que inmediatamente adornaran con follaje toda la casa. Hasta se le disiparon

(1) Moneda de oro, de valor variable. En tiempo de Nerón equivalía á 5'08 pesetas. El *áureo* tampoco tuvo valor fijo, habiendo variado de uno á cinco *escrúpulos*, y, buscando la equivalencia en moneda de nuestros días, de 4'10 á 20'50 pesetas.

la aversión que hacia Oso sentía y la repugnancia que le causaba el griego. La casa tomó á sus ojos un aspecto mucho más alegre. Los sufrimientos no le habían dado la medida exacta del amor que tenía á Ligia, pero se la daba ahora la esperanza de recobrarla.

Animado Quilón por el buen talante de Vinicio se atrevió á darle consejos.

— No hemos ganado aún la partida — le decía — y es necesario andar con pies de plomo para no comprometer el éxito. En modo alguno debemos dar el golpe á la salida del Ostriano. Limitémonos á ir al cementerio, envueltos en mantos, y á observar, desde un ángulo oscuro, lo que ocurra, siguiendo después á Ligia á regular distancia. Sabiendo ya la casa en donde se oculta, podrás hacerla cercar por tus esclavos antes de que amanezca, y llevarte sin peligro y tan campante á la muchacha, pues habiendo sido dada en rehenes, ni siquiera tienes que temer el rigor de las leyes. Casó de que no vaya al Ostriano seguiremos á Oso, y en último resultado el efecto será el mismo. No conviene llevar mucha gente porque esto podría llamar la atención de los cristianos. Es preciso, sin embargo, ir armados y hacernos acompañar por dos hombres de confianza y forzudos, por si acaso conviene utilizarlos.

Vinicio ordenó que se llamase á Crotón, y al oír esto, el griego se decidió definitivamente á acompañar al tribuno, porque bien sabía que contra el famoso atleta, vencedor en cien combates, poco podrían los que intentasen agredirles.

Habiéndole advertido el *atriense* que tenía la comida preparada, dejó á Vinicio y se sentó á la mesa de muy buen humor, y mientras comía fué ponderando á los esclavos las virtudes del unguento que, para despistarles, fingía vender al amo.

— Basta — decía — untar con él los cascotes de un caballo para que, así sea el más escuálido rocin, venza en la carrera á los demás. Me dió la fórmula para confeccionarlo un cristiano, pues los afiliados á esta secta son más entendidos en achaques de sortilegios que los mismos tesalios, por más que sea considerada la Tesalia como el país clásico de la hechicería. Los cristianos han puesto en mi ciega confianza, cosa muy natural, como se le alcanzará á cualquiera que sepa lo que significa un pez.

Y, así diciendo, fijaba su mirada escrutadora en los esclavos, para ver si descubría entre ellos á alguno que fuese cristiano. Como la inspección no diese resultado favorable, púsose á comer

y á beber desmesuradamente, elogiando al propio tiempo al cocinero y diciéndole que haría proposiciones á Vinicio para comprárselo. Turbábale únicamente de vez en cuando el pensamiento de la expedición nocturna al Ostriano, aunque le tranquilizaba en seguida la convicción de que no tenía nada que temer yendo disfrazado y en compañía de dos hombres, uno de los cuales era atleta temido é idolatrado por todo el pueblo romano, y patricio y jefe militar el otro.

Si reconocen á Vinicio, decía para sus adentros, nadie osará tocarle; en cuanto á mi, les desafío á que me vean siquiera la punta de la nariz.

Entregóse después á profundas reflexiones sobre la conversación que había tenido con Oso, sobre las posibles consecuencias de una lucha entre el gigante ligio y el atleta Crotón y sobre la doctrina de los cristianos. La abundancia de la comida y la frecuencia de las libaciones diéronle sueño. Se extendió cuan largo era encima del banco en que había estado sentado para comer, hizo del manto almohada, y mientras los esclavos levantaban la mesa quedóse profundamente dormido.

Al despertarle, ya Crotón estaba en la casa. Pasó el griego al atrio y se puso á contemplar con viva satisfacción las formas hercúleas del atleta.

Convenido ya el precio del servicio, decía Crotón:

— ¡Voto á Hércules! Bien hiciste, señor, en dirigirte á mi hoy, pues mañana parto para Benevento, llamado por el egregio Vatino, que quiere hacerme luchar, en presencia del César, con el más corpulento y forzudo negro que haya producido el Africa. ¿No percibes ya, señor, los crujidos de su columna vertebral quebrantada entre mis brazos y el choque de mi puño con sus quijadas?

— ¡Por Polux! — respondió Vinicio; — cierto estoy de que no lo contará.

— ¡Y harás muy bien! — agregó Quilón. — Rómpele las mandíbulas. Mas por de pronto úntate con aceite los miembros, Hércules amigo, porque esta noche tendrás que habértelas con un verdadero Caco. El guardián de la doncella por quien Vinicio se interesa está dotado de una fuerza descomunal.

Con estas palabras Quilón trataba de excitar el amor propio del atleta.

— Si — repuso Vinicio; — se dice que agarra un toro por las astas y lo lleva adonde se le antoja.

Crotón sonrió desdeñosamente.

— Yo me comprometo, noble señor, á coger con una mano á la persona que me indiques y á defenderme con la otra de siete ligios como ese de que me hablas; y á traerte luego á la joven á esta casa, aunque todos los cristianos me persigan como lobos calabreses.

— No se lo consentas, señor — gritó Quilón. — Nos apedrearían, y entonces ¿de qué nos serviría su fuerza? ¿No es preferible que nos apoderemos de la muchacha cuando ya esté en su casa? De esta manera no la expondríamos á ningún peligro ni lo correríamos tampoco nosotros.

— Soy de su parecer, Crotón — dijo Vinicio.

— Está bien; quien paga manda; mas no olvides que mañana he de marchar á Benevento.

— Solamente en la Ciudad tengo quinientos esclavos — repuso Vinicio.

Después ordenó á sus interlocutores, con un ademán, que se retiraran, y entrando en la biblioteca escribió á Petronio:

«El filósofo ha encontrado á Ligia. Esta noche iré con él y con Crotón al Ostriano y hoy mismo ó mañana muy temprano me apoderaré de ella. Que los dioses te colmen de bienandanzas, mi querido amigo. El júbilo no me permite ser más extenso.»

Un momento después entró Quilón y le dijo:

— Acaba de ocurrirseme, señor, que es muy probable que los cristianos usen de contraseñas para entrar en el Ostriano. En algunas casas de oración no se permite entrar sin ellas. Permíteme que vaya á casa de Euricio para procurármelas si son necesarias.

— ¡Muy bien, queridísimo sabio! — respondió alegremente Vinicio. — Hablas como un varón prudente. Vete, pues, á casa de Euricio y adonde quiera que te acomode; mas, para seguridad mía, deja encima de esa mesa la bolsa que te di.

Aunque á Quilón siempre le dolía separarse del dinero, puso la bolsa donde le había ordenado el tribuno, haciendo sólo una mueca de disgusto, y salió. De las Carinas al tenducho de Euricio no era larga la distancia, por lo que estuvo de vuelta antes de anocheecer.

— He aquí las contraseñas, señor, — dijo al regresar. — No hubiéramos podido entrar sin ellas.

Llegada la noche, se envolvieron en mantos galos con capucha; el griego se puso una peluca que había adquirido al

regresar de la tienda de Euricio, y, provistos de armas y de linternas, marcharon hacia el Ostriano, apresurando el paso para llegar á la Puerta Nomentana antes de que la cerrasen.

## X

Tomaron por la vía Patricia y siguieron luego por el Viminal, hacia la antigua puerta de este nombre, situada cerca de la plaza en que más tarde se levantaron las suntuosas termas de Diocleciano; dejaron á un lado los restos de las murallas de Servio Tulio, y por sitios desolados llegaron á la vía Nomentana; torcieron á la izquierda hacia la Salaria y se encontraron en un terreno ondulante y arenoso, en el cual, de trecho en trecho, aparecían sepulturas. La noche era oscura como boca de lobo y difícilmente habrían hallado el camino del Ostriano á no habérselo señalado, como Quilón previó, los mismos cristianos que allí encaminaban sus pasos. A derecha é izquierda se percibían negras figuras que se deslizaban cautelosamente hacia los *arenarios* (1). Los escasísimos transeuntes y los campesinos que volvían del trabajo tomaban á los cristianos por obreros que iban á extraer arena ó por miembros de alguna asociación funeraria. A medida que avanzaban, el joven patricio y sus acompañantes veían aumentar el número de cristianos, muchos de los cuales llevaban linternas que escondían á veces entre los pliegues de sus mantos. Algunos grupos cantaban con acento impregnado de profunda melancolía una plegaria de la cual cogía Vinicio de vez en cuando frases sueltas, en las que, generalmente, figuraba el nombre de Cristo.

El tribuno andaba abstraído, pensando siempre en Ligia, y cuando alguna de aquellas misteriosas figuras le murmuraba al oído: «¡La paz sea con vosotros!», el corazón le saltaba de júbilo en el pecho, por haber creído oír la voz de la virgen cristiana. El camino le parecía interminable. Conocía perfectamente los alrededores de la Ciudad; pero tan espesas eran las tinieblas que no lograba orientarse. Por fin, vieron brillar

(1) Sitios de donde se sacaba una arena volcánica con la cual se fabricaba cierta argamasa muy sólida que servía para las construcciones.

á lo lejos gran número de luces que parecían antorchas ó las hogueras de un campamento. Vinicio se inclinó, cuchicheando al oído de Quilón:

—¿Aquello es el Ostriano?

El griego, á quien tenían amedrentado la obscuridad de la noche y los fantásticos bultos por entre los cuales caminaban, contestó con voz temblorosa:

— No lo sé, señor; no he estado nunca allí.— Pero bien podrían adorar á Cristo en un sitio más próximo á la Ciudad.

Mostrando creciente extrañeza de que los cristianos celebraran con tanto misterio sus ceremonias religiosas, continuaron su camino. El miedo de Quilón iba en aumento á medida que se alejaban de Roma, y, como si quisiera infundirse valor, exclamó:

— Con esta peluca y las dos habas que me he metido en las narices no me reconocerán; en caso contrario, tampoco me matarían, porque en el fondo son muy buena gente y yo les tengo verdadero cariño.

— Parécenme prematuras estas adulaciones para desarmar su ira— observó Vinicio.

Y estando en estas razones penetraron en angosto barranco cruzado por un acueducto y en el fondo del cual divisaron un muro cubierto de yedra.

Era el Ostriano.

Dos sepultureros recogían las contraseñas. Vinicio, á quien el corazón le latía con violencia, y sus acompañantes, dieron las suyas, y, entrando, se hallaron de buenas á primeras en un anchuroso espacio amurallado. Ante la puerta de la cripta situada en el centro murmuraba una fuente. Acá y allá veíanse monumentos funerarios, y en todo el recinto hormigueaba la gente, pálidamente iluminada por la luna y por las luces de las linternas. Fuese para evitar el frío, fuese por temor á las asechanzas de los traidores, casi todos los concurrentes llevaban el rostro tapado, lo que puso de muy mal humor á Vinicio, pues pensó que si continuaban de aquella suerte podría verse en apuros para reconocer á Ligia. Con algunas teas encendiése una hoguera, y en seguida los cristianos entonaron á coro, en voz muy baja que fueron elevando por momentos, un extraño canto en el que vibraba profunda emoción y que se extendía por todo el cementerio, por el barranco y las cercanas colinas. Parecía prolongado

grito de angustia entre las tinieblas, como conjunto de voces plañideras que imploraban auxilio y perdón. Con los ojos clavados en el cielo y los brazos abiertos, aquella multitud impetraba de Alguien que moraba en lo Alto que descendiera á consolarla.

En el Asia Menor, en Egipto, en la misma Roma, Vinicio había entrado en muchos templos y conocido buen número de religiones; pero ésta era la primera vez que veía invocar á Dios, no con arreglo á un ritual prefijado, sino poniéndose en comunicación directa el corazón del hombre con su Criador; de una manera sencilla, sincera, obrando los adultos como niños abandonados que llamaran con voz tierna y triste á sus padres. Era innegable que aquella gente no sólo honraba á su Dios, sino que le amaba sobre todas las cosas. Y aunque el deseo de descubrir á Ligia llenaba por entero el entendimiento del tribuno, no pudo menos de maravillarse ante acontecimiento tan extraordinario.

Fué avivada la hoguera echándole algunas teas más, y en todo el cementerio brillaron resplandores rojizos que hicieron palidecer las luces de las linternas, á tiempo que salía de la cripta, con la cabeza descubierta, un venerable anciano, el cual se colocó sobre una piedra situada junto al fuego. La muchedumbre se conmovió al verle. Oyéronse voces que decían: «¡Pedro! ¡Pedro!» y unos caían de hinojos y otros tendían hacia él los brazos, y todos le miraban con viva complacencia.

Después reinó tan profundo silencio que se oía el chisporroteo de las teas encendidas, el rodar de los vehículos en la vía Nomentana y el susurro del viento en las ramas de los pinos cercanos. Quilón cuchicheó al oído de Vinicio:

— Este es el primer discípulo de Cristo, el *Pescador*.

El anciano bendijo á los concurrentes haciendo en el aire la señal de la cruz. Todos doblaron las rodillas. Vinicio y sus acompañantes, para no delatarse, siguieron el ejemplo de los cristianos. El tribuno se fijó entonces atentamente en el Apóstol, y su figura le pareció á un tiempo vulgar y extraordinaria, y advirtió que lo que en ella había de extraordinario provenía de su misma sencillez. Aquel humilde anciano no ceñía con mitra ni con corona de hojas de encina sus sienes, ni llevaba palma en las manos, ni racional dorado en el pecho, ni vestiduras blancas esmaltadas de estrellas; nada, en suma, de lo que servía de distintivo á los sacerdotes orientales, á los griegos,

á los egipcios, á los flámines romanos. Bien echó de ver que aquel *pescador* no tenía las trazas de ser un sacerdote práctico en las ceremonias del culto, sino simplemente un testigo venerable por su ancianidad, que venia de lejanas tierras á predicar la palabra de *Verdad* y á proclamar en voz alta lo que habia visto, oído y tocado; lo que, por tanto, le merecía la fe absoluta que da la evidencia. En el semblante de aquel anciano se reflejaba la persuasión con la energía que solo infunde la fe. Vinicio, como escéptico empedernido, no se hallaba dispuesto á dejarse convencer por la palabra de Pedro; pero al mismo tiempo se sentia presa de una curiosidad anhelante por oír lo que saldria de los labios de aquel compañero del misterioso Cristo y por conocer la doctrina que profesaban Ligia y Pomponia.

Habló el Apostol, al principio con suma sencillez, como un padre que da consejos á sus hijos sobre la conducta que deben observar. Les recomendaba que renunciásen al lujo y á los placeres; que amasen la pobreza, la verdad y la virtud; que sopor-tasen pacientemente las injusticias y las persecuciones; que obedeciesen á las autoridades y á los superiores; que luchasen intrépidamente contra las pasiones; que evitasen la traición, la hipocresia y la maledicencia; que procurásen, en suma, servir de ejemplo á todos, incluso á los paganos.

Vinicio, á quien le parecia de perlas cuanto pudiera contribuir á conquistarle el corazón de Ligia, se exasperó oyendo algunos de los consejos del Apóstol. Antojábasele que, enaltecendo el triunfo de la virtud sobre las pasiones y recomendando la pureza del alma, el anciano condenaba su amor á Ligia é incitaba á ésta á resistirle.

—¿Qué novedad hay en todo esto?—pensaba—¿Esa es la doctrina desconocida?... ¿Quién no ha oído esas antiguallas? También los cínicos aconsejan la pobreza; Sócrates recomendaba la virtud como cosa excelente... aunque vieja; cualquiera de los estoicos, Séneca, pongo por caso, que tiene unas quinientas mesas de cedro, pondera las ventajas de la templanza, encomia el amor á la verdad, la resignación en las adversidades... Todo esto es como pan florecido, bueno á lo más para los ratones, no para los que tienen fino olfato y delicado paladar.

Y en su alma atribulada se mezclaba á la cólera la decepción. Habíase imaginado que oiría la revelación de terribles misterios; que, cuando menos, la elocuencia del orador supliria la novedad de la doctrina, y, sin embargo, solo llegaban á sus

oídos palabras de una sencillez desesperante, admirándose del recogimiento con que las escuchaba la muchedumbre.

El anciano proseguía aconsejando á sus oyentes que fuesen buenos, pacíficos, justos, castos, pobres, no ya para conseguir en esta vida la serenidad y el sosiego que proporciona la virtud, sino para gozar de la eterna gloria en presencia de Jesucristo, después de la muerte.

Por más prevención que Vinicio tuviera contra la nueva doctrina, no pudo menos de observar entonces que entre ella y las de los cínicos, estoicos y otros filósofos, existía una diferencia: éstos recomendaban la virtud como cosa racional y adecuada á la vida, mientras que el Apóstol prometía, en recompensa, á los que la practicaban, la inmortalidad, y no una inmortalidad taciturna, vana y desolada, sino una inmortalidad sublime, gloriosa, semejante á la de los dioses.

Pedro hablaba de la vida futura con tal convicción, que todo lo de este mundo aparecía ante ella como cosa fútil y deleznable. Ofrecer por un instante de dolor la felicidad eterna, es bastante más que recomendar la serenidad ante el sufrimiento, porque éste constituye una de las condiciones naturales de la vida.

Y mientras así discurría Vinicio, el anciano afirmaba que es preciso amar el bien y la verdad por lo que son en sí, pues la infinita Verdad y el infinito Bien son el mismo Dios, por lo cual, quien ama la verdad y el bien, ama á Dios, y por Él es amado con predilección.

No alcanzaba Vinicio á comprender estas altas verdades. Había oído ya de boca de Pomponia Grecina que este Dios era único y escuchaba ahora que era la suma Verdad y el sumo Bien, y mal de su grado tuvo que reconocer que, en comparación de semejante Dios, Júpiter, Saturno, Apolo, Juno, Vesta y Venus, no eran sino algo así como turba de embaucadores y malandrines que, ya individualmente, ya en cuadrilla, representaban las más abominables farsas.

Pero cuando su asombro subió de punto fué al oír que Dios es todo amor y que quien más ama á sus semejantes mejor cumple el más sublime de sus preceptos. «Pero no basta, escuchaban sus oídos, amar á los hombres que constituyen la propia nación ó raza, porque el Hombre-Dios derramó su sangre para salvarnos á todos, habiendo aceptado discípulos entre los mismos paganos, pues pagano era el centurión Cornelio; ni

basta tampoco amar á nuestros bienhechores, ya que Cristo perdonó á los judíos que lo hicieron condenar á muerte y á los soldados romanos que lo crucificaron. Y no sólo hay que perdonar á quienes nos ofenden, sino que debemos amarles, devolviéndoles bien por mal. Nuestro amor se ha de extender á todos, á los buenos y á los malos, pues, amándoles, vuelven éstos al camino de la virtud...»

Al llegar á este punto, Quilón pensó que tenía suficientes motivos para sospechar que había perdido el tiempo tratando de convertir en homicida á Oso; pero le sirvió de consuelo la convicción de que, profesando también Glauco la doctrina de Cristo, que prohibía hacer daño al prójimo, ningún peligro corría de dejar entre sus manos el pellejo.

Por su parte, el joven tribuno había modificado ya su primer juicio respecto á la novedad de la doctrina. «Hay algo nuevo en las palabras de ese hombre, se decía; pero ¿qué Dios es el suyo?; ¿qué doctrina es esa?; ¿á qué pueblo se refiere?». Parecía absurda una religión que ordenaba amar así á los romanos como á los partos, á los egipcios, á los griegos, á los galos y á los bretones; así á los bienhechores como á los enemigos; pero al mismo tiempo comprendía que tal locura tenía una fuerza de expansión que no se hallaba en ningún sistema filosófico. La rechazaba desde el fondo de su corazón, y, sin embargo, sentía que de ella, como de un campo de nardos, se exhalaba embriagadora fragancia, un aroma místico que una vez aspirado debía de hacer olvidar todo lo demás é infundir sed insaciable de lo Infinito... Ante sus atónitos ojos se abrían nuevos caminos, regiones inexploradas, un mundo desconocido. Aquel cementerio trajo á las mientes del joven patricio la idea de un refugio de orates, pero también la de un lugar misterioso é imponente, donde germinaba un nuevo ideal. Las palabras del Apóstol sobre la vida, la verdad y el amor á Dios, que tenía clavadas en el pensamiento, le habían dejado como deslumbrado, de la misma suerte que deslumbra un relampagueo incesante. Mas absorbido todo su ser por la pasión amorosa, á través de esta pasión veía todas las cosas, y de cuanto veía y escuchaba sacó en conclusión que si Ligia se hallaba en el cementerio, si Ligia profesaba tal doctrina, no le amaría jamás. Y sintió por primera vez desde que la vió en casa de Aulo que entre él y su amada se abría un abismo; y se perturbó de tal manera que todas sus ideas y sentimientos dege-

neraron en un odio feroz contra los cristianos, y en especial contra el anciano venerable que les dirigía la palabra y que á Vinicio se le antojaba en aquel momento el Hado terrible trazándole con mano inexorable el camino de su porvenir.

Echaron á la hoguera más teas; el viento quedó dormido y callado entre las ramas de los pinos; la llama ascendía hacia las estrellas que titilaban, y el anciano se puso á explicar la muerte del Redentor. Los fieles contenían la respiración en términos que se percibían los latidos de los corazones. Aquel hombre había visto... y relataba lo que estaba vivo y presente en su memoria.

Explicaba que, muerto Jesús, después de haber abandonado el Santo Madero, estuvieron él y Juan dos días y dos noches sin comer ni dormir, presa de inefable dolor, abatidos y aterrados, no pudiendo convencerse de que hubiese expirado. Al tercer día, después de amanecido, presentóse de improviso María Magdalena casi sin aliento y suelta la cabellera, gritando: «¡Nos han robado al Maestro!» Echaron á correr; Juan, que era el más joven, iba delante y encontró el sepulcro vacío; no se atrevió, sin embargo, á traspasar sus umbrales. Reunidos los tres, entraron. Estaba allí el sudario, sobre la piedra; pero no el cuerpo. Creyeron al principio que los sacerdotes judíos se lo habían llevado y regresaron á casa aún más agobiados por el dolor. Llegaron poco después otros discípulos, y todos á coro unas veces para mejor ser oídos del Rey de los Cielos, cada uno de por sí otras, pusieron á lamentar amargamente su decepción. Confiaban en que el Divino Maestro rescataría al pueblo de Israel y ¡he aquí que había llegado el tercer día de su muerte y empezaban á perder la esperanza!

El recuerdo de aquellos angustiosos momentos hizo brotar de los ojos del anciano dos lágrimas que brillaron á la luz de la hoguera al deslizarse por su barba gris. Su venerable cabeza calva temblaba sobre los hombros y la voz le expiró en la garganta. Vinicio pensó: «Este hombre dice la verdad.» Los fieles habían oído contar otras veces la Pasión y Muerte de Cristo y no ignoraban que el júbilo seguiría á la tristeza; pero como el que hablaba era un Apóstol, testigo presencial de los hechos, se sentían más hondamente impresionados y se retorcián las manos sollozando ó se golpeaban el pecho.

El anciano cerró un instante los ojos como para ver mejor el pasado impreso en el fondo de su alma, y prosiguió la dra-

mática narración diciendo que mientras de esta suerte lamentábanse, desconsolados, los Apóstoles, reapareció Maria de Magdala gritando: «¡He visto al Señor!»

Por el pronto, á causa de la gran claridad que le rodeaba, no habia acertado á reconocerle; pero Él dijo: «¡Maria!» y entonces ella, cayendo á sus pies, exclamó: «¡Rabbi!» El Señor ordenóle entonces que fuera en busca de los discipulos para contarles lo acaecido, y desapareció. Los Apóstoles no dieron crédito á las palabras de Maria Magdalena, y como la viesan llorar de alegría, la vituperaban unos, mientras pensaban otros que el dolor le habia perturbado la razón, pues además aseguraba haber visto ángeles sobre el sepulcro, y al tornar allá los Apóstoles encontráronlo vacío. Pero, ya anochecido, Cleofás regresó de Emmaüs con otro discipulo, y dijo: «El Señor ha resucitado». Y mientras estaban departiendo y disputando, á puerta cerrada para no ser oídos de los judíos, sin que los goznes de ésta rechinaran, apareció entre ellos Jesús, diciendo: «La paz sea con vosotros.»

Después de larga pausa, Pedro reanudó el discurso con estas palabras:

—Y yo le vi, como le vieron todos los demás discipulos, y nuestros corazones se inundaron de la luz que irradiaba su cuerpo, y tuvimos ya la evidencia de que habia resucitado. Y los mares se secarán, y los montes se desharán convertidos en polvo; pero su gloria resplandecerá por toda la eternidad.

Y continuaba el Apóstol refiriendo aquellos prodigiosos acontecimientos.

—Transcurridos ocho días, Tomás Didimo puso el dedo en las heridas abiertas del Señor, y le tocó el costado, y cayó acto continuo á sus pies, exclamando: «¡Señor! ¡Señor! ¡Dios mío!» y Él le dijo: «Por que has visto, Tomás, has creído; bienaventurados aquellos que han creído sin haber visto.» Y oímos nosotros estas palabras, y vieron nuestros ojos á quien las pronunciaba, porque Él estaba con nosotros.

Escuchábale Vinicio atentamente, y por más que rechazara la doctrina y no diera fe absoluta al relato, no podia menos de reconocer que solo por defecto de ceguera intelectual ó por vanos empeños de contradicción era licito suponer mentira cuanto aquel hombre venerable decia. La firmeza con que pronunciaba: «he visto», la sinceridad de su honda emoción, sus lágrimas,

el mismo continente de su persona, aun los pormenores del hecho que relataba, eran garantías irrecusables de veracidad.

Momentos hubo en que el tribuno creyó estar soñando; pero desvaneciasele esta ilusión casi repentinamente al ver extendida por el recinto del cementerio la muchedumbre silenciosa, al percibir el tufo de las lanternas, al contemplar como brillaban las teas encendidas, y, erguido junto á la hoguera, de pie sobre improvisado y tosco púlpito de piedra, á un anciano digno de respeto y veneración, de cabeza trémula, que atestiguaba hechos, diciendo: «yo los he visto.»

Y en tanto, el Apóstol llegó al prodigio de la Ascensión. De cuando en cuando callaba para tomar aliento, pues enriquecia el relato maravilloso con multitud de detalles, todos los cuales estaban grabados en su memoria como en piedra. Los que le escuchaban sentíanse transportados, imaginando que una fuerza sobrehumana les habia llevado á Galilea y que acompañaban á los discipulos á través de los bosques y por encima de los lagos; que el cementerio donde se hallaban habiase transformado en el Mar de Tiberiades y que en la ribera, entre la niebla matinal, estaba de pie Jesús, de la misma manera que cuando Juan, mirándole desde la barca, dijo: «He aquí al Señor», y Pedro púsose á caminar por encima de las aguas para llegar más pronto á sus adorados pies.

Reflejábase en todos los semblantes el éxtasis, el olvido de la existencia terrena, la felicidad, un inmenso amor. Durante la larga narración de Pedro, algunos tuvieron visiones, y al describir la Ascensión del Señor, todos los rostros se volvieron al cielo con la esperanza de que Cristo descenderia á contemplar como el Apóstol apacentaba á sus ovejas; á bendecirle á él y á su rebaño. Para toda aquella gente no existían á la sazón ni Roma, ni el César omnipotente y sanguinario, ni los templos con los dioses paganos... Sólo existía Cristo, que llenaba la tierra, el mar, el cielo, el universo entero...

En las casas lejanas esparcidas á lo largo de la via Nomentana cantaron los gallos. Era media noche. Quilón tirando del manto á Vinicio, cuchicheó:

—Señor, allí, no lejos del anciano, veo á Oso con una joven al lado.

Vinicio se sobresaltó cual si le despertaran repentinamente de profundo sueño, y, mirando en la dirección que le indicaba el griego, vió á Ligia.